

AA.VV.: «El agua en los regadíos mediterráneos: Nuevos enfoques y problemas». *Areas. Revista de Ciencias Sociales*, 17. Universidad de Murcia-Caja Murcia, 1997.

La interdisciplinariedad es un objetivo propugnado tiempo ha por las ciencias sociales, pero su puesta en práctica presenta dificultades reales. *Areas*, que lleva el sugerente subtítulo de *Revista de Ciencias Sociales* ha asumido el reto inaugurando una línea de números monográficos que en el aquí reseñado convoca a historiadores, economistas, sociólogos, geógrafos y técnicos. Las dificultades que conlleva este diálogo se intentan superar mediante una doble acotación. En cuanto al tema, se analiza la gestión del agua y del riego en un medio caracterizado por la escasez relativa. En cuanto al espacio se selecciona un territorio contiguo y dotado de condicionantes ecológicos y de una historia similar, la España mediterránea con rasgos de subaridez, desde el País Valenciano a Murcia y Almería.

Esta acotación se conjuga con la adopción de un marco temporal de casi un milenio: los diversos artículos se centran en épocas tan dispares como Al-Andalus, la baja edad media, el “antiguo régimen”, las reformas liberales decimonónicas, el franquismo y el proceso actual de globalización. Un marco temporal tan amplio permite plantear bajo nuevas perspectivas uno de los grandes problemas de las ciencias sociales, la dicotomía “continuidad vs. cambio”. La historia de los sistemas hidráulicos se resiste a encuadrarse dentro de las grandes divisorias temporales clásicas en la historiografía española: antiguo régimen vs. revolución liberal, franquismo vs. democracia. Así por ejemplo Guy Lemeunier en su estudio sobre las obras de drenaje en la España mediterránea, muestra como el reformismo borbónico del S.XVIII, con su política intervencionista y de fomento de grandes obras, prepara ya el camino a las reformas liberales. En tanto que Teresa Pérez Picazo en un buen trabajo de síntesis sobre la gestión del agua en los regadíos del Segura en los S.XIX-XX, permite argumentar que el verdadero cambio cualitativo viene de la mano del desarrollismo franquista, que traza las líneas básicas de las políticas que luego seguirán los distintos gobiernos tras la muerte del dictador. El mismo artículo de Joaquín Melgarejo sobre la historia conflictiva del trasvase Tajo-Segura, muestra la continuidad de planteamientos entre los diversos

gobiernos de UCD y del PSOE, que han acabado por aceptar de buen grado o asumir como inevitable las líneas de la política de infraestructuras tardo-franquista.

No se aboga aquí por una historia de los sistemas hidráulicos independientemente de los marcos globales en que se insertan. Se trata por contra de realizar un esfuerzo de conceptualización sobre la variable tecnológica, más allá del papel de “deus-ex-machina” que con excesiva frecuencia ha jugado dentro de las ciencias sociales y en especial del marxismo. La “idealidad que comporta toda materialidad” (Maurice Godelier); la posición que ocupa la tecnología como mediadora entre ecosistemas y grupos humanos (C. Raynaud); la “autonomía relativa” del hecho técnico respecto a los grandes cortes históricos (Alain Testart)... son algunas de las ideas que la antropología podría aportar a la historia de los sistemas hidráulicos, siguiendo por cierto una rica tradición que pasa por obras clásicas como *El Despotismo Oriental* de K. Wittfogel o los estudios de Kent Flannery en Mesoamérica.

La organización local del riego nos aparece como resultado de dos vectores: de un lado, la correlación de fuerzas entre los diversos grupos en cada localidad, volcados en la tarea de gestionar un ecosistema; del otro, la incidencia de un sistema económico y político global, organizado desde la edad moderna sobre los conceptos de “mercado” y “estado”. El estudio de la conflictividad hidráulica, es decir de las situaciones de desacuerdo en cuanto a la gestión del riego que surgen entre los agentes implicados, nos proporciona una vía ya clásica de aproximación. Sobre esta cuestión versan tres artículos localizados en el país valenciano: el de Tomás Peris, en el tiempo largo que va de los S.XIII al XVIII; y los de Marc Ferri, y de Enric Mateu y Salvador Calatayud, sobre el nuevo espacio institucional generado por las reformas liberales decimonónicas. Las claves de la conflictividad aparecen radicadas en factores ecológicos estructurales, sean estos de origen global (las sequías periódicas) o local (el antagonismo entre regantes de aguas arriba y de aguas abajo). Pero también en factores económicos y sociales locales, el conflicto de intereses entre el riego y otros usos potenciales del agua (consumo humano, fuerza motriz,...); y la confrontación entre pequeños y grandes cultivadores, o entre quienes poseen y quienes carecen de derecho a regar. En el tiempo largo de los últimos cinco siglos, dos grandes procesos globales parecen haber incidido en las formas de gestión local. Primero, la sustitución de una agricultura “orgánica” basada en el consumo de trabajo humano y de recursos renovables, por una agricultura “inorgánica”, que consume recursos no renovables (en especial combustible fósil) y es intensiva en capital. Segundo, el creciente proceso de intervención estatal, sobre todo por vía de regulación

administrativa, especialmente claro bajo el reformismo borbónico y el liberalismo decimonónico.

El estudio de Angel Poveda sobre sendos microsistemas de riego de origen andalusí radicados en el alto Maestrazgo es a mi entender uno de los más sugerentes de este monográfico, y el único que adopta una escala local. La metodología, una arqueología espacial en la línea de los trabajos de Miquel Barceló, aúna el trabajo de campo sobre el espacio actual, y el estudio de la memoria oral (complementado por la documentación escrita) y *del saber local como guía para entender las relaciones ecosistémicas*; para, recurriendo a un método regresivo, reconstruir el trazado y la lógica de los sistemas hidráulicos medievales. Ojalá que un número creciente de historiadores interesados en épocas más recientes se vayan animando también a adoptar una arqueología espacial de este tipo, potencialmente mucho más fructífera en tanto los siglos no se encargan de borrar las huellas que la acción humana deja en el terreno y en la memoria de los pobladores posteriores. Ojalá también que más y más científicos sociales se animen a utilizar la cartografía como una herramienta metodológica central, y no sólo como un instrumento auxiliar que permite presentar los datos de forma pedagógica.

Una de las cuestiones más interesantes que surgen de la comparación entre los distintos artículos es la de los “efectos de escala”, las consecuencias de la escala espacial de análisis que se adopte a la hora de establecer relaciones de causalidad. Estudios *locales* como el de Angel Poveda tienden a primar implícitamente la autonomía con que cuenta un grupo local para organizar su ecosistema. Estudios que adoptan una escala “*intermedia*”, como los artículos que en esta revista analizan la conflictividad hidráulica en un marco provincial o de cuenca hidrográfica, dan mayor relevancia a la acción de agentes externos a lo local, y en especial a la intervención administrativa y financiera del estado. Por fin aquellos estudios que adoptan una escala *global* (o que, en el volumen aquí reseñado, la tienen más presente), vuelven también sus ojos a factores globales: en este caso las modificaciones en el sistema climático terrestre, en particular el efecto invernadero que conlleva cambios inmediatos en los climas mediterráneos, y las iniciativas también globales para frenar estos procesos, véase por ejemplo la reciente Conferencia de Río. Todo esto redundaría en una cuestión de vital importancia para historiadores y científicos sociales, la necesidad de cuestionar la división del trabajo entre las distintas “ciencias” en favor de un enfoque holístico. Y más aún, de cuestionar la metodología basada en abordar un problema descomponiendo el espacio implicado en ámbitos más pequeños (locales, comarcales, provinciales,...) esperando que la síntesis sea posible a partir de una posterior suma de estos estudios parciales. Como ha argumentado de manera concluyente el mate-

mático Benoit Mandelbrot, los objetos “fractales” (y la casi totalidad del mundo real cabe dentro de esa definición) se caracterizan por la “autosemejanza”: conforme ascendemos a una escala espacial mayor, el nivel de azar, de irregularidad, de caos no se anula sino que se mantiene. O dicho en román paladino, “*el todo es algo más -mucho más- que la suma de las partes*”.

Por último, del conjunto de trabajos contenidos en este número emerge algo así como una propuesta de “investigación-acción”: estudiar el presente, entenderlo como producto de un pasado, y proceder a planificar el futuro, planteando intervenciones públicas. Esto resulta muy claro en una serie de artículos más “técnicos” que abordan el caso de la agricultura de invernaderos almeriense: los de F. López Bermúdez sobre la sequía, de Melchor Senent sobre la gestión del agua, y de Jaime de Pablo sobre los factores medioambientales que limitan la extensión -o el mero mantenimiento- del modelo. El resultado final conduce a cuestionar el actual modelo de agricultura, basado en grandes obras hidráulicas, sobreexplotación de los acuíferos subterráneos y contaminación de aguas y suelos. Y permite plantear lo que parece será uno de los grandes problemas del S.XXI, la disponibilidad de agua potable para consumo humano. Es aquí donde más claro se evidencia que los diversos trabajos participan de modelos difícilmente compatibles. Media demasiada distancia entre el “desarrollo sostenible” propugnado por Teresa Pérez Picazo o Jaime de Pablo, y el modelo de “desarrollismo a ultranza” asumido por Melchor Senent (y por promociones enteras de técnicos), que se plantea como hipótesis viable la conveniencia de agotar los acuíferos, y como estrategia conductora la búsqueda del máximo de “producción” (¿por cuánto tiempo tendremos aún que oír denominar como “producción” lo que no es sino mera extracción/consumo de recursos no renovables?). Ya no digamos si el modelo a seguir fuera un “no-desarrollo” en la versión de un Manfred Max-Neef...

Bueno, el primer resultado de un diálogo franco es poner en evidencia los puntos de controversia. Cabe esperar que la revista *Areas* prosiga en esta línea de propiciar el debate interdisciplinar, que tan necesario -e inherente- es a las ciencias sociales.

José María CARDESÍN